

VII.

Ambas tendieron
 Hasta el confin de la penumbra inmensa
 La vista audaz, desde el tajado pico
 Por cuyas quiebras con fragor caían,
 Como torrente de espumosas ondas,
 Los siglos despeñados de la cumbre;
 E impasibles y absortas, del linaje
 De Adán el rumbo incierto contemplaron
 Era la marcha fatigosa: agudas
 Zarzas, angostos precipicios, tristes
 Desfiladeros, páramos incultos,
 Sin un arroyo límpido y sereno
 En que templar la sed, sin un abrigo
 Donde buscar reposo, embarazaban
 La senda, que enrescándose subía
 Por el agrio peñón, como escamosa
 Y gigantesca sierpe. Inquieta, torpe,
 Dejando impreso por do quier el rastro
 Ensangrentado de sus piés desnudos,
 O á cada paso en las breñosas puntas
 Su desgarrada carne, aquel camino
 La humanidad seguía, y avanzaba
 Cayendo y levantando; pero siempre
 La vista fija en la inmutable lumbre
 Que irradiaba del monte.

VIII.

Horrendas luchas,
 Impensadas catástrofes y fieras
 Venganzas la diezaban de continuo.
 En tribus dividida, y en naciones,
 Y en imperios, y en razas, cuántas veces
 Las tribus, las naciones, los imperios
 Y las razas enteras, cual rebaño
 Que ciego se derrumba y precipita,
 Se despeñaban en tropel ¡Y cuántas
 Desaparecían por completo, como
 La débil nave que la mar sepulta!
 Todo, todo se hundía en la insondable
 Vorágine del tiempo. Leyes, usos,
 Monumentos y gloria, hasta los mismos
 Dioses, temblando de pavor, rodaban
 Al fondo de la sima, nunca llena.

IX.

Los siglos arrollaban á los siglos
 En turbulento curso, cual las olas
 Arrollan á las olas, y su paso
 Era rauda y fugaz, que en su potente
 Fermentación, naturaleza activa
 Absorbe cuanto crea, y cuanto absorbe
 Vuelve á crear infatigable. Todo
 Era efímero allí, menos el Verbo,
 El luminoso Verbo, la palabra
 Humana, que flotaba sobre el mundo,
 Como al romperse el caos, sobre los mares
 Aún mudos y dormidos, el inmenso
 Espíritu de Dios. Cuando los vastos
 Imperios sucumbían; cuando el hondo
 Abismo devoraba las naciones
 Y las podridas razas; cuando viento
 De tempestad, en polvo convertidos
 Derribaba los dioses, el radiante
 Verbo, sobrenadando, trasmítia
 La herencia, el pensamiento y la memoria
 Del pueblo muerto al pueblo que llegaba.

X.

Pálida, sigilosa, descargando
 Certeros golpes por do quier, la muerte
 En pugna eterna con la vida, el aire
 Envenenaba con su helado aliento,
 Y en pos, blandiendo sus cortantes hoces,
 Iban sus hijas, la ambición, la peste,
 El hambre y la discordia. Sin reposo
 Sobre la humana especie revolaban,
 Como bandadas de voraces buitres
 Que acuden al festín de la pelea,
 Y perseguían con perenne furia
 La vida hasta en el átomo impalpable.
 Pero extremaban su rencor en vano;
 Pues cual simiente que en el fértil surco
 Cae y germina, cada sér vencido
 En la revuelta lid, de nuevos séres
 Origen era, y parecida á Anteo,
 La disuelta materia renacía
 Al tocar en la tierra, más pujante,
 Más rica, más espléndida, más varia.

¡Oh generosa vida, que conviertes
Hasta el sepulcro en cuna y solo entregas
A la insaciable destrucción, la forma
Perecedera y ruin, ¡mil veces salve!
¡Mil veces salve! Tu ánfora divina
Nunca se agota. Pueblas el espacio
De incalculables mundos, y los mundos
De incalculables seres, que revisten
Las más diversas formas; tú fecundas
Lo pequeño y lo grande, lo finito
Y lo infinito, el átomo y el cielo.
¡Vida, aliento de Dios, mil veces salve!

XI.

Desde la enhiesta y solitaria roca
Contemplaba el espíritu del monje
El viviente espectáculo, que apenas
Llegaba á comprender. Extrañas gentes,
De distinto color de opuestos ritos
Y múltiples costumbres, afluyen
Al áspero sendero, como afluyen
Los ríos á la mar. Allí el etiope
El escita, el que acampa en los desiertos
Del Africa recóndita, el que bebe
Las turbias aguas del sagrado Gauges,
El indio errante sin hogar ni patria,
Que al través de las selvas primitivas
Su ley, su Dios y hasta sus muertos lleva;
El que milita en la escogida hueste
De Cristo, el que le niega ó le desdora
Y da su vida en holocausto impuro
Al triunfal carro de mentidos dioses
Por el error vencido ó por el miedo,
En la escabrosa senda se agolpaban.
Pero ¡oh misterio incomprensible! aquella
Varia y revuelta multitud, que á impulsos
De opuesta fe, de símbolos distintos,
Y de contrarias religiones, iba
Siempre en interna y perdurable lucha
El humano raudal acrecentando;
Su afán, sus esperanzas, sus temores,
Sus pensamientos íntimos, fundía
En una sola aspiración ¡El cielo!...
Patria soñada de las almas, trono
De un Dios excelso á nuestra vista oculto,

Cuyo poder, con vibración sonora,
Celebran en la bóveda infinita
Los átomos, los mundos y los soles!

XII.

El cuadro era sublime. Por el fondo
De la cuesta fragosa, do las brumas
Iban aglomerándose, las razas
Inferiores marchaban, con incierto
Paso y cobarde indecisión. Las torvas
Pasiones, los bestiales apetitos
Y los barbaros cultos, se imponían
Allí en la oscuridad, que, como el fango
Crea reptiles venenosos, crea
La ignorancia también monstruos horribles.
—¿No es, por desdicha, el fango de la mente?—

XIII.

A medida que el límite sombrío
Iban salvando, y lentos se acercaban
A las fronteras de la luz, aquellos
Pueblos se engrandecían, como crece
Buscando el sol, la planta trepadora
Que arraiga en la pared. Según subían
Hacia la viva claridad, su juicio
Se agigantaba, sacudiendo el yugo
Del instinto brutal, y al pensamiento,
Dominador del mar y de la tierra,
La fuerza primogénita cedía
Su fuero indisputado. A Esau velludo
Reemplazaba Jacob.

XIV.

Por el promedio
Del agrio monte, en donde humanos ojos
Fijarse pueden sin cegar, los pueblos
Avanzaban de Europa; iba delante
Roma sacerdotal, la sacra Roma,
Que el cetro de los Césares trocando
Por el cayado del Pastor, cual nunca
Era señora y árbitra del mundo
¡Jamás autoridad más formidable
Sobre la tierra gravitó; las almas
Y los cuerpos, los muertos y los vivos
El pensamiento y la esperanza, todo

Se doblegaba á su poder supremo!
 La fe le daba apóstoles y esclavos,
 La religión fervientes defensores,
 El atroz fanatismo sus verdugos,
 Sus fantasmas el miedo, sus angustias
 El corazón culpado ó receloso.
 Nada en el orbe amedrentado habfa
 Más alto que ella; su invencible signo
 Sobre la áurea corona de los reyes
 Se levantaba abrumador; la torre
 Sobre el hogar, sobre tierra el cielo.
 ¡El cielo, cuyas puertas de diamante
 Se abren ó cierran á su voz! La santa
 Y redentora Cruz era el amparo
 Del débil, el valor del oprimido
 Y el espanto del réprobo. Por ella,
 Febril é insomne el déspota orgulloso
 Se revolcaba en su dorado lecho;
 Por ella el triste, el mísero, el desnudo,
 El perseguido, el siervo, abandonaban
 La ingrata vida sin odiar al hombre,
 Ni renegar de Dios único y trino.

XV.

Sobrecogida el alma de respeto,
 Oraba, viendo la Ciudad Eterna
 Que dirigía el movimiento humano
 Agitarse á sus piés. Pero de pronto
 Se estremeció de horror: rojos vapores
 De sangre hácia la cúspide ascendían,
 Y en el aire espesandose, tomaban
 De alado espectro la terrible forma
 La bestia apocalíptica que en Patmos
 Vió el inspirado Juan, la bestia enorme
 De hírsutos piés, de coronadas astas
 Y bocas de blasfemia, sobre Roma
 Se dilataba como nube ardiente.
 Su siniestro fulgor reverberando
 En la ciudad monumental y excelsa,
 La iluminaba cual voraz incendio
 Y á su rojizo resplandor, muros,
 Arcos, porticos, templos y obeliscos
 Que en su recinto amontonó la gloria,
 Destacábanse negros, cual si fuesen
 Las calcinadas vértebras de un monstruo

Por el fuego celeste devorado
 Buscaba el alma con creciente anhelo
 La Cruz por todas partes, y por toda
 La vió rota ó volcada; parecía
 Que la Ciudad adúltera en su culto
 Reintegraba á los dioses decaídos
 ¿Dónde estaba Jesús? ¿En dónde estaba
 Maria, madre del dolor humano
 Y estrella de los mares procelosos?
 ¿En dónde estaba la verdad? ¿En dónde?
 La erudición infatigable; el arte
 Hermoso, pero idólatra; la ciencia
 Incrédula ó rebelde; los deseos
 Como sátiros, sueltos se rendían
 A la más ciega admiración pagana.
 Uniendo el sacrilegio á la torpeza,
 De *Moisés* bajo la austera forma
 Júpiter palpitaba; la afrodita
 Venus bajo las tocas virginales
 De la Madre de Dios, si es que el lascivo
 Pintor la imagen de su amor profano
 A su lienzo immortal no trasladaba.
 Las estatuas desnudas, los obscenos
 Cuadros, los libros licenciosos, eran
 Más que ornamento, escándalo y ludibrio
 De la mansión pontifical; sus muros
 Donde tan sólo resonar debían
 Místicas oraciones, en el coro
 De vergonzosas farsas retumbaban.
 Ritos, costumbres, ceremonias, usos
 De la Roma gentilica, surgiendo
 De sus clásicos antros removidos,
 Cual el hedor que de las tumbas sale,
 Apeataban la tierra, y lentamente
 Iban velando el resplandor fecundo
 De la gloriosa Cruz.

XVI.

De espanto llena.
 Vió el ama por los ámbitos sombríos
 Hosco cruzar y lívido el espectro
 Del papa Borja, con crispada mano
 Sacudiendo su túnica empapada
 De hirviente sangre, y vió que cada gota
 En lúgubre fantasma convertida,

Iba aumentando la legión siniestra
De vengadoras víctimas que al monstruo
Con sordos anatemas acosaban.
Descubrió luégo la iracunda sombra
Del papa Julio, de áspero semblante
Y mirada tenaz, que revestido
De milanese cota y férreo casco,
Con belicoso ardor, en lid sañuda,
Rezaba y combatía, el propio tiempo
Bendiciendo y matando con su espada.
Y oyó tras esto el eco estrepitoso
De las brutales risas con que Roma
Acogió torpe la piedad severa
Del pontefice Adriano, fugitivo
Rayo de luz, que iluminó un momento
Aquel antro de crímenes y orgías.

XVII.

Ante este cuadro de ignominia, el alma
Al cielo alzó las impalpables manos,
Cayó de hinojos en la roca viva,
Escondiendo su faz, y con acento
Que en su conciencia resonó tan sólo
Cual queja acusadora:—¡Oh Romal—dijo—
¡Romal! ¿Qué has hecho de mi Dios?—

XVIII.

Entonces,
Como si su patético gemido
Diese al fantasma portentosa vida,
La visión imponente de la Duda
Creció, se irguió, se dilató cual nube
Que el claro espacio de improviso invade
Y de sus ojos desbordó la sombra
Como una inundación; fijó su triste
Y amorosa mirada en el confuso
Espíritu del monje, que en la dura
Y estéril peña oraba prosternado;
Y un silencio mortal reinó en la altura.

CANTO III.

I.

Entregada al dolor, mientras reñían
Decisiva batalla en su conciencia
La fe imperiosa y la razón rebelde,
El alma en su actitud desconsolada
Largo rato gimió.—La interna lucha
Del pensamiento que á dudar se arroja,
No cuesta sangre, ni ocasiona heridas,
Pero siempre es mortal.—Acrecentando
Del abatido espíritu la pena,
La voz de la visión, que, como el eco
De música lejana, dulcemente
Del pobre monje acarició el oído,
Así le habló con ritmo cadencioso:

LA VISIÓN

Al cabo se cumplieron
Las santas profecias,
Y Babilonia impura
Esclavizó á Israel.
Pero contados tiene
La iniquidad sus días,
Y á realizarse empezar
Los sueños de Daniel.

Sus olas cenagosas
La corrupción extiende;
Estallan por do quiera
Los síntomas del mal;
En público mercado
La salvación se vende,
Y cubre densa bruma
La Cruz pontifical.

La mano que bendice
De sangre está teñida;
La simonía avanza
De la soberbia en pos;
El claustro es madriguera
Donde la culpa anida,
Y de sus propias aras
Está proscrito Dios.

Atrévete, y derriba
 Con indignada mano
 El ídolo que usurpa
 Su trono á la virtud.
 Quebranta las cadenas
 Del pensamiento humano,
 Y rompe de las almas
 La torpe esclavitud.

Despierta las concencias
 Que embrutecidas duermen,
 Y el mundo alborozado
 Se postrará á tus piés
 En el profundo surco
 Arroja el vivo germen,
 Y los futuros siglos
 Recogerán la miés.

No es digno de ser hombre
 Quien en silencio llora.
 ¿Por qué no se aventura
 Tu firme voluntad?
 Airado busca el cielo
 La espada vengadora
 Que ataje la gangrena
 De la presente edad.

La imprenta infatigable
 Te prestará su ayuda
 Contra el poder que eclipse
 Los timbres de la Cruz.
 Que el Verbo, antes hundido
 En servidumbre muda,
 Por Guttemberg librado
 Ya es voz, ariete y luz.

El mal en sus entrañas
 Oculto el cáncer lleva,
 Y al más ligero impulso
 Deshecho rodará,
 Que si en la muerte sólo
 La corrupción se ceba,
 Todo lo que aparece
 Podrido, muerto está.

Calló la voz, el alma consternada
 Sintió, vencida en interior combate,
 Su fe heredada vacilar, cual suele
 Peñón movable en eminente sierra
 Retemblar por los vientos sacudido.
 ¡Ay, que no es fácil arrancar del fondo
 Del corazón humano, las memorias
 De la edad infantil! Sencillas preces
 Que amante madre en su regazo tierno
 Nos enseñó á rezar, ¿quién os olvida?
 El templo augusto do por vez primera,
 con religiosa admiración, alzámos
 El pensamiento á Dios; la pila, el ara,
 El Crucifijo humilde, santa herencia
 De la familia, que en el trance duro
 De la agonía, el postrimer aliento
 De los que fueron recogió; la torre
 De la natal aldea, á cuya sombra
 Se cobijan los rústicos hogares,
 Cual tímidos polluelos en su nido,
 Bajo el ala materna; la solemne
 Y monótona voz de la campana,
 Que en otro tiempo al despuntar la aurora
 Y al declinar la tarde, parecía
 Invitarnos á orar,—dulces recuerdos
 Son de la casta infancia, y sobreviven
 A la extinguida fe; que puede el rayo
 Echar por tierra el centenario roble,
 Mas no arrancarlo de raíz.

II.

¡Cuán fiero,
 Cuán amargo es el tránsito del alma
 Que deja el seno de la fe, y se acuesta
 En el lecho de espinas de la dudal
 Penas, insomnios, sombras y terrores
 Le asaltan en montón, y son sus días
 Negros como el pesar; la sed le abrasa
 Y no encuentra raudal que la mitigue;
 Su pensamiento es un puñal que lleva
 En la conciencia hundido, y tiembla y llora.
 Quiere rezar y su rebelde labio
 Se niega á la oración, alza los ojos
 Y ve el cielo sin luz, demanda auxilio
 Y muerto el eco á su clamor parece:

Es como nave naufraga perdida
 En proceloso mar y noche oscura,
 A punto ya de sucumbir. El triste
 Y atormentado espíritu del fraile
 Sintió esta angustia punzadora. En vano
 Quiso escapar del riesgo: fuerte nudo
 Le sujetaba al empinado risco
 Cual si arraigase en él. Sobre su frente
 La visión melancólica extendía
 Su abrumadora diestra, á cuyo peso
 La débil alma se doblaba, como
 Endeble ramo bajo el propio fruto.
 Con hondo horror del polvo de los siglos
 Alzarse vió las osamentas rotas
 De cien generaciones, que en revuelto
 Y animado tropel le amenazaban,
 Fijando en él sus órbitas vacías
 Y gritando con ira inextinguible:
 —¡Apóstata, traidor!

III.

Bajo el influjo
 De tan contrarios sentimientos, ciega
 Y trastornada el alma soñadora,
 Perdió el sostén, y con pasmoso estruendo
 Rodó de la alta cumbre en que se erguía
 De roca en roca, como alud que baja
 De inaccessible monte derrumbado,
 Con ímpetu cayó no conocido
 Hasta los bordes de la inmensa sombra
 Que llenaba el abismo pavoroso
 Bajo sus piés abierto. ¡Oh perdurable
 Y terrible caída, que recuerda
 La de Luzbel desvanecido! ¡Nunca
 Llegará el alma despeñada al fondo
 De la insondable sima! ¿Tiene acaso
 La duda fin y límite el anhelo?
 En vano el monje en las cortantes grietas
 Buscaba apoyo, y contener quería
 Su rápido descenso como el ave
 Que herida en el espacio y moribunda,
 Con las últimas ansias aletea.
 A la presión de su insegura mano
 Los peñascos cediendo, con medroso
 Estrépito tras él se desprendían,

Cual si al romper su agobiadora cárcel
 El ígneo monstruo que oprimido gime
 En las entrañas de la tierra, el mundo
 Hecho pedazos á su Dios lanzara.
 Aquella ingente mole de granito
 Aglomerada por los siglos, obra
 Del misterio y la fe, con ronco estrago
 Se estremecía en su inmutable asiento,
 Y el alma al par con las hendidas peñas
 Que arrancaba de cuajo la convulsa
 Revolución del monte, desolada
 En la noche sin fin se sumergía.
 Los enormes fragmentos de la roca
 Que á su paso saltaban, impelidos
 Por fuerza oculta en progresión creciente,
 Ante su vista atónita tomaban
 Fantásticos contornos, y en el aire
 Cambiaban sin cesar. Góticos templos,
 Labrados claustros, toscas esculturas,
 Altares y sepulcros, en ruidoso
 Remolino de escombros le segufan,
 Como si el orbe todo desquiciado,
 Detrás del alma al precipicio fuera
 Llevado por el vértigo.

IV.

En su rudo
 Y estéril batallar, oyó en la altura
 Una gran voz que, dominando el sordo
 Frigor de la catástrofe, clamaba:
 —¡Venci, venci, venci! ¡La tierra es mía!—
 Al escuchar tan formidable grito,
 Que como el són de la final trompeta
 Retumbaba en la tierra y en los cielos,
 Cayó el doliente espíritu en insano
 Y profundo estupor, cerró los ojos,
 Para no ver la temerosa ruina
 Donde iba envuelto, y desde aquel instante
 Nada vió, nada oyó.

V.

Mas, ¡ay! apenas
 Se sobrepuso á su mortal congoja,
 Preso en el cuerpo que dejó en el coro
 Abandonado como prenda inútil,

Se halló otra vez, absorto y confundido.
 En el humilde lecho de su celda
 Postrado estaba el misero, y los monjes
 Con solícito afán le rodeaban.
 Incorporóse con terror, clavando
 En ellos la mirada escrutadora,
 Como el que, salvo del peligro, empieza
 A darse cuenta de él—¿Dónde estoy, dónde?—
 Tímido preguntó, Sereno y grave
 Llegósele el Guardián:—Dad, hijo mío,
 Gracias á Dios—le respondió apacible—
 Que os apartó del borde de la fosa.
 Habeis estado como muerto.—Y muerto
 Estuve ¡oh Padre!—el infeliz repuso—
 ¡Ya no soy lo que fui! Pesa en mis hombros
 La grosera cogulla, y me avergüenza
 Mi antigua sumisión. ¡Rompo mis lazos
 ¡Cobro mi libertad! ¡Nazco á la vida!
 —Calla, blasfemol—el superior gritóle
 Con alterada voz, mientras dudosos
 Los frailes se alejaban repitiendo:
 —¡Loco debe de estar!—Mudo y sombrío
 Inclino el triste la rugosa frente
 Y quedó en su dolor como abismado.
 Hasta que al fin alzando de improviso
 La vista hacia el Guardián, que al pié del lecho
 Con paterna inquietud le contemplaba,
 —¡Padre,—le dijo—el hábito me quema
 Y le arranco de mí! ¡Dios me ilumina!—
 Despavorido y trémulo el anciano
 Con voz entrecortada por el lloro,
 —¿Qué intentas, di?—le preguntó.—Y el fraile
 Irguiendo la cabeza en són de lucha,
 —¡Vencer á Roma!—contestó.—¡Eso quiero!—
 El venerable religioso entonces
 Tendió sobre él la mano temblorosa
 Y con torvo ademán gritó:—¡Anatemal
 Ya que indomable orgullo te desliga
 De nuestra santa fe, ¡siglos y siglos
 La maldición del cielo te persiga!

LA PESCA.

I.

Cuántas veces sentado en tu ribera,
 ¡Oh mar! como si oyera
 La abrumadora voz de lo infinito,
 Ha despertado en la conciencia mía
 Honda melancolía,
 Tu atronador, tu interminable grito!

II.

Todo enmudece y cae en el misterio:
 El poderoso imperio
 Que la tierra asoló con sus batallas;
 Hasta los dioses que de polo á polo
 Temidos son; tú sólo
 Sientes rodar los siglos, y no callas.

III.

No callas, y hasta al alto firmamento
 Sube tu ronco acento,
 Y cuando revolviéndote en ti mismo
 Ruges furioso, en tus entrañas late
 El horror del combate
 Que empeña el huracán con el abismo.

IV.

Sólo alcanza poder tan soberano,
 El pensamiento humano
 Como tú grande, como tú profundo,
 Que alzando sin cesar su voz de trueno,
 Forja en su ardiente seno
 Las glorias y catástrofes del mundo.

V.

¡Ay si decir pudieras cuanto sabes!..
 ¿Qué hiciste de las naves
 Con que surcó tu inmensidad, la aciaga
 Y trágica ambición? ¿Adónde han ido?
 Como el mortal olvido
 Tu oscuro fondo hasta el recuerdo traga.